



López Lira, Nidia. Coordinadora de Investigación y Estudios Avanzados y Profesora de Tiempo Completo en el Centro Universitario UAEM Valle de Chalco, Doctora en Ciencias de la Administración por la UNAM.

Soy Maestra



Fotografía de internet

Resumen:

Esta reflexión reseña una experiencia en el proceso de vacunación contra la COVID-19 desde la mirada de una académica, entre miles de académicas que ya han sido vacunadas a la fecha, resaltando su identidad como docente universitaria del oriente mexiquense.

Como es bien sabido, el mes de mayo en México se relaciona con la tradicional fiesta de la docencia, "el día del maestro". En el Centro Universitario UAEM en el cual yo me desempeño como académica, este festejo solía llevarse a cabo antes de la pandemia (A.P., como ya varios le dicen) mediante un convivio acompañado de algún sorteo que podría ser de aparatos electrónicos, libros, etc.

El festejo de: "El día del maestro del año 2021" en el territorio mexiquense consistió en un "regalo" del Estado mexicano: la vacuna anti COVID-19. Al oriente del Estado de México, el día 15 de mayo y los días subsecuentes estuvieron marcados por la reunión de cientos de docentes de todos los niveles educativos de ambos sectores de la educación, público y privado, en distintos centros escolares de la región para aplicase la anhelada vacuna. Recuerdo con gusto, aunque con un poco de nostalgia también, aquellos festejos A.P. en los que nos preguntábamos unos a otros: "¿Vas a ir a la comida?", "¿qué te ganaste en el sorteo?". Hoy, mayo de 2021, las preguntas son otras: "¿Vas a ir a la vacuna?", "¿Vas a ir a la Preparatoria o al Tecnológico?" "¿Te hizo reacción la vacuna?"

Si en el festejo de mayo de 2019 nos hubiesen dicho que dentro de dos años el regalo más preciado del "sorteo" iba a ser una inyección en el brazo, habría sido hilarante ¿quién querría una inyección como regalo? Igualmente, si en esa época nos hubiesen dicho que los colaboradores principales de la reunión del "día del maestro en el 2021" serían compañeras y compañeros docentes de las instituciones educativas de la región, desde preescolar hasta la universidad tanto de escuelas públicas como privadas, no lo habríamos creído.

Pero así ocurrió. La "fiesta" claro, esta vez no era en torno a un banquete, un sorteo o un baile. La celebración fue en torno a una inyección en el brazo que promete brindar, 14 días después, una protección relativamente alta contra la enfermedad COVID-19.

En esta fiesta, maestros y maestras coordinaban el proceso. Con chalecos distintivos y megáfonos, organizaban a docentes y demás personal educativo que asistieron a recibir la vacuna al plantel escolar. Al ingresar a este, otros tantos docentes colaboraban en el proceso de higienización de los que ingresáramos; enseguida, más docentes recibían los documentos de registro y llenaban algunos controles. Estoy segura de que, dentro de todo este personal de coordinación, también se encontraban personas del área administrativa de los centros escolares, a quienes también se les reconoce su labor y esfuerzo.

En fin, la escuela pública como edificio una vez más prestando servicio comunitario. Los planteles escolares se han utilizado a lo largo de la historia como resguardos o albergues para la población en momentos catastróficos. En la zona de los volcanes del oriente mexiquense algunas escuelas están explícitamente designadas para ello en caso de erupción volcánica. <https://www.farmacologia.com/>

Pero también, la escuela pública como organización humana, nuevamente dando muestras de civilidad y solidaridad. Docentes organizando a docentes y personal administrativo de las escuelas para protegerlos de la catástrofe; esta vez, no provocada por un fenómeno geológico, sino por uno biológico.

Sí, la escuela pública. Ésa... ineficaz, pauperizada por los efectos del modelo económico hegemónico y por la mala política, edificio lleno de grafitis por las tribus urbanas. El magisterio público, ése... criticado por sus protestas, atado a un sistema burocrático de "puntos" y escalafones.

Mayo de 2021, alrededor de las fechas en las que se habrían realizado los festejos del día del maestro, la escuela pública -edificio y organización humana- con sus carencias y con sus limitaciones brindó un servicio humanitario que es necesario resaltar.

En paralelo a esa labor titánica que está representando la vacunación masiva en México, quiero compartir mi experiencia; una entre los millones de anécdotas que ya se podrían contar dado el avance en la aplicación de las vacunas en el país. Casi el mismo día que me correspondió vacunarme como personal docente, recibí mediante un mensaje SMS la cita de mi alcaldía para vacunarme con el grupo de edad al que pertenezco. La disyuntiva que se me presentó nos causó gracia a mis colegas y a mí "¡Ja, ja! ¿cómo vas a elegir? ¿rusa o china?", me decían, haciendo alusión al origen de la vacuna que se aplicaría en cada una de las opciones; "¿te vas a vacunar con los maestros o con los 'ancianos de 50 a 59'?", me dijo bromeando uno de ellos, aludiendo una pifia que se había publicado días atrás.

Llegué el día de la cita al plantel educativo designado para la vacunación del personal docente, pero al ver la enorme fila de quienes esperaban ser vacunados, mi decisión fue ¡Vámonos, me vacuno en la alcaldía! Mientras caminaba unos 100 metros hacia el auto donde me esperaba mi familia, poco a poco fui recordando la época, hace más de 24 años, en que llegué a trabajar por primera vez al oriente mexiquense. Recordé que uno o dos años después de haber incursionado laboralmente en esta región y ya como docente de la UAEM, fui designada para asistir a las reuniones de cierto comité de vinculación academia-empresa, justo en este municipio donde ahora me encontraba. Fueron épocas felices indudablemente ¡Cuántos proyectos y ánimo de llevarlos a cabo!

Reflexioné también en lo que soy como profesional. Siendo yo originalmente profesionista de la contaduría, el gremio docente me aceptó en sus filas 24 años atrás. Cuando llegué al auto con mi familia a comunicarle mi decisión, para ese momento titubeante de irme, mi hijo terminó de convencerme de lo que yo misma ya me había dado cuenta. "Ya estamos aquí. Vacúnate, mamá", me dijo.

Regresé convencida a tomar un lugar en la fila (acaso, como una metáfora de mi decisión de incluirme en las filas del magisterio). Me tomó 2 horas y media concluir el proceso de vacunación. Y aunque al inicio tenía mis dudas, no dudé nada cuando la compañera de la mesa de registro me preguntó "¿Es administrativa, o maestra?. Soy Maestra. Gracias".